PEQUEÑA, Y BREVE COMEDIA, TITULADA,

LANCES DE AMOR, DESDEN Y CELOS.

Fácil de executar en cualquier casa particular por no tener mas que tres personas.

SU AUTOR D. ANTONIO FURMENTO.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

FLERIDA, *Dama.* FLORISTO, *Galan.* ORMINDO, *Gracioso.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Flérida, y Floristo deteniéndola.

Flor. Detente, Flerida hermosa,
no mas fiera que las fieras
pretendas acreditar
aquel antiguo problema,
de que son siempre contrarias
la piedad, y la belleza.
Fler. ¿Qué pretendes, dí, Floristo,
quando sabes que tus quexas
no han de lograr en mi pecho
la insinuacion mas pequeña?
¿No estás ya desengañado
con bien repetidas pruebas,
que al hechizo de tu amor
soy áspid, que con cautela,
por librarme de su encanto
cierra al conjuro la oreja?
Flor. Aunque á pesar del dolor,
que tu ingratitud me cuesta,
sé que quererte ablandar
es ablandar una peña:
con todo, al mirar que muero
de tu amor á la violencia,
por postrer favor te pido
que compasiva me atiendas.
Fler. Dí; pero cree es en vano
querer que mi desden tuerza.
Flor. Aunque no espere el alivio,
que tus desdenes me niegan,
hecha primero la salva,
de que no será vileza

referirte los servicios,
que en ocasiones diversas
pudo ofrecerte mi amor,
al ver que solo me mueva
á decirlos, el querer
ofrecer á tu belleza,
mas que despreciar, despues,
que de mí dé fin mi pena,
escúchame atenta.

Fler. Sigue;
pero rendirme no temas.

Flor. Queriendo el Dios del Amor
que su poder se establezca,
y que ninguno se exîma
de sus penetrantes flechas;
de una tarde se valió,
que de la ciudad de Creta
que es patria mia, sali
á divertir mi tristeza
en la laboriosa caza,
símbolo fiel de la guerra:
Deseando del Sol huir
las rutilantes centellas,
con que aquella tarde quiso
hurtar de la primavera
las verdes flores que mayo
dexa al estío por prenda,
en una selva frondosa
me embosqué, para que fueran
sus verdes hojas alivio
del calor que me molesta.
Apenas tomé descanso,
toda mi quietud altera
un ciervo, á quien un harpon,
rémora de su carrera,
hizo que muy mal herido,
fuese de mi acierto presa.
Contento con el trofeo
quise luego dar la vuelta,
quando una voz lastimosa
inmóvil peña me dexa;
y aquí fué donde el amor
empezó á urdir mi tragedia.
Apliqué atento el oido,
y escuché, que entre las breñas
te quexabas ofendida
de una bárbara violencia.
Siendo mi norte tu voz,
llegué con planta ligera
al parage donde estabas
entre lastimosas quexas
en manos de tres villanos,
que con aleve cautela
pretendian de tu honor
eclypsar la luna tersa.
Irritado justamente
de que haya quien se atreva
á barbaridad tan rara,
como querer con violencia,
que lo que al ruego le toca,
lo haya de pedir la fuerza,
echando mano al acero,
fuí tan pronto en tu defensa,
que aunque los tres se juntaron
para hacerme resistencia,
no pudieron evitar
la bien merecida pena,
que con su suerte escribió
su infame sangre en la arena.
Desmayada de este susto,
estátua de jaspe tersa
te creyeron mis temores,
por lo que con ligereza
de un arroyuelo cercano
cogí las líquidas perlas,
que al contacto de tu rostro
lo fueron luego de veras.
Te cobraste en tus sentidos,
para que yo los perdiera;
pues en este instante Amor

con los arcos de tus cejas,
con los rayos de tus ojos
vibró á mi pecho centellas,
labró para mi alvedrió
cadenas de oro en tus trenzas.
Tus bellas niñas mostraron
placenteras, y risueñas
el contento que les daba
ver desecha la tormenta
de sus viles agresores
al impulso de mi diestra:
Ví por un blanco cendal,
que era del invierno esfera
en lo cándido tu pecho,
aunque tus mexillas bellas
en varias flores mostraban
repetidas primaveras;
pero habiendo entre las dos
bien fundadas competencias
de hermosura, tu nariz
ajustó la diferencia,
diciendo: callad vosotras,
pues lo hago siendo mas bella.
Esperanzas de piedad
me dió una risa alhagüeña;
pero al ver rojos claveles
pue por tus labios descuellan,
amor, dixe, mal estamos,
pues vemos señas de guerra;
y no me engañó el concepto,
pues cobrada te ví apenas
del pasado desaliento,
quando sin que agradecieras
el haberte libertado
de la tyrana violencia,
ni el mirar el alma mia
de tus ojos prisionera,
dexándome sepultado
en piélagos de tristezas,
por acabar con mi vida
veloz el desden te ausenta.
Al golpe de este dolor
no hay duda que la perdiera,
si no me hubiera librado
tu hermosa copia, que diestra
pintó mi imaginacion
en el lienzo de mi idea.
De tu rigor murmuraron
estas fuentes lisonjeras:
las flores se marchitaron
porque el zéfiro las dexa,
por seguir enamorado
el aura de tu belleza:
los músicos ruiseñores
en lamentables endechas
entonaron lástimados
de mi muerte las exêquias;
pero tú nunca quisiste
atender á mis querellas
dando en esto á conocer
que eres parto de estas selvas,
que eres fiera de sus montes,
de sus obeliscos peña,
y que en lo duro y rebelde
les haces ventaja á ellas.
De aquesta ausencia al dolor
caí rendido en la arena,
tan sin aliento, sin vida,
que cuando Ormindo me encuentra
entre los muertos villanos,
por uno de ellos me cuenta,
y en fuerza de la piedad,
entre sus brazos me lleva
á Creta, en donde::-
Fler. Detente,
Floristo, sin que refieras
lo que despues se siguió;
pues mirando que condenas
retórico mis rigores,
porque veas que no menguan,

ántes, sí, van en aumento
dexa que siga mi lengua
la historia que comenzaste,
para que menos me ofenda.
Á Creta volviste luego,
en donde informado apenas
de mí, y que de Dorindo,
un noble Mayoral, era
hija, intentas cauteloso,
que pastoril disfraz sea
quien te introduzca en mi casa,
quando en ella se celebra
con recíproca alegría
de mis natales la fiesta.
En un verde ameno prado,
donde la tropa diversa
de pastores, y de ninfas
concurrieron para hacerla,
llegaste á oportuno tiempo,
que para hacer experiencia
del valor de los pastores,
en amigable contienda
una fuerte lucha estaba
para el principio dispuesta.
En este instante aparece,
(sin que su dueño se sepa)
de varias y hermosas flores
una guirnalda compuesta,
y una voz, que así decia:
Sea esta corona bella
del mas valiente pastor
que á todos los demas venza,
para que despues ufano
pueda coronar con ella
á la pastora que adora,
á la zagala que quiera.
No así la dorada poma
que la deidad altanera
de la discordia ofreció
en la reñida contienda
de Palas, de Juno y Venus,
sobre hermosa preferencia
la emulacion enardece,
como esta guirnalda bella;
pues luego que la miraron,
ocuparon la palestra,
Coranto y Arbelo, pastores
de la clara descendencia
de Neptuno, en quien es
el valor naturaleza;
y queriendo tú probar
en lo arduo de la empresa,
que amor es deidad tambien
brazo á brazo, fuerza á fuerza,
á su opósito saliste,
y venturosa tu estrella
en tan desigual combate,
quiso coronar tu diestra,
con que las envidias todas
de la militar palestra
te declararon por dueño
de la florida presea,
que colocaste en mis sienes,
porque fuese contraseña
de que yo era el objeto
á que tus ansias anhelan:
por mas señas que dixiste
al coronarme con ella:
En el bosque, bella ingrata,
mi valor vencidos dexa
tus contrarios; y porque
ya tu gracia, ó tu belleza
triunfaron de mi alvedrio,
él la corona te entrega,
advirtiendo es mas victoria
el que tú las almas venzas,
que no que yo en favor tuyo
pise villanas cautelas.
A cuyas razones yo,
en quien es naturaleza

aborrecer igualmente
al que me ame, ó me ofenda,
enojada te mandé
huyeses de mi presencia:
yo me aparté de la tuya
para no escuchar tus quexas.
Sola á las selvas me entrego,
en cuya horrible aspereza
logré hurtarme á tus ojos;
pero mi infeliz estrella,
viéndome huir de un amor,
me conduxo á una violencia,
cayendo en las crueles manos
de un vil Sátyro, que era
habitador de sus grutas,
compañero de sus fieras.
Este, pues, bárbaro bruto,
al mirarme, con presteza
á mí se acerca, diciendo:
Pulida Zagala bella,
ya que piadoso el Amor
hoy en mis manos te entrega,
razon será que aproveche
la ocasion que me franquea:
Colérica, é irritada
de tan bárbara propuesta,
disuadirle pretendi
de su villana interpresa,
quando él...

Flor. Flerida, detente,
y no quieras que consienta,
que lo que fué ofensa tuya,
vuelva á pronunciar tu lengua;
pues basta saber que entonces
quiso felice mi estrella,
que llegase á tan buen tiempo,
que embistiendo con la fiera,
(aunque á costa de una herida)
te libré de nueva afrenta:
que tú al mirar desatado
el rojo humor de mis venas,
solo por matarme mas,
de la muerte me reservas,
aplicándome á la herida
una blanca tersa tela,
á quien de tu mano el tacto
soberana virtud presta,
para que el alma que iba
á salir luego por ella,
de este favor atraida,
con mi vida se entretenga.
¿Quién creyera, Cielos, quién,
que ésta al parecer fineza,
en mayor rigor trocases?
pues al ver que ya se alienta
el corazon, pesarosa,
ó arrepentida te muestras,
y avaramente me quitas
con la espada de tu ausencia
la poca vida que cobro
por lisonja tan pequeña.

Fler. Pues si tantos desengaños
tienes de mis enterezas,
¿para qué es tanta porfia?
¿no miras, no consideras
que el aborrecerte en mí
es otra naturaleza?

Flor. Y en mí, tirana, el amarte
es violencia de mi estrella.

Fler. Piedra seré á sus influxos.

Flor. Las piedras dominan ellas.

Fler. Que sea ménos rebelde
tus pensamiantos no crean.

Flor. Que sea ménos amante
tus desdenes no pretendan.

Fler. Sabré esconderme á tu vista.

Flor. Sabrán buscarte mis penas.

Fler. La vida sabré quitarte,
si porfias en mi ofensa.

Flor. No temo que me la quites,

solo pido me la vuelvas,
Fler. ¿Pues te la tengo yo acaso?
Flor. Respondan, Flerida bella,
tus ojos. pues ellos fueron
los que sin vida me dexan.
Fler. Para atajar tus razones,
Floristo, con Dios te queda. *vas.*
Flor. Aguarda, tente, enemiga,
mira que el alma me llevas.
¿Que así, Cielos, se ausentase?
¡Ó dura, y cruel estrella!
¿qué fiera, dime, te dió
en estas espesas selvas
lecciones de tiranía,
que tan ingrata te muestras?
Selvas, prados, montes, riscos,
ríos, flores, aves, peñas,
hombres, fieras, troncos, peces,
planetas, sol, luna, estrellas,
sed testigos de que muero
á la tirana inclemencia
de un desden á quien no pudo
vencer ninguna fineza;
y pues soy tan desdichado
que aun la muerte se me niega,
acabe ya de una vez
este acero con mis penas.
Al irse á dar, habla Ormindo, y se detiene.
Orm. Detente, señor, pues qué
por una gran zalamera
quieres quitarte la vida?
Ahí es una vagatela.
Escondido entre las ramas
de esa enmarañada yedra
he estado escuchando todas
las preguntas, y respuestas
que con Flerida has tenido;
y al mirarla hecha una perra
de rigor, me dió tal rabia
de ver qual se pabonea,
mirando que tu la quieres,
que quise coger dos piedras
por si tenian virtud
de ablandárla la mollera;
pero perdona que diga
que eres tu niño de teta
para enamorar: si yo
quien la enamorára fuera,
la vieras en quatro dias
mas blanda que una manteca.
Flor. ¿De qué modo, Ormindo?
Orm. Mira,
señor, estas que se precian
de lindas, son toditicas
unas muy malas cabezas,
que con esto de decir,
basta que yo dama sea,
esto, y mucho mas merezco
porque soy linda, soy bella,
á todos los hombres traen
como machos de litera;
y el servir á estas madamas
es dar bellotas á puercas.
No hay favor qne ellas estimen,
no hay fineza que agradezcan;
por lo que para quitarlas,
que tanto se desvanezcan
no hay traza como fingir
no se nos da nada de ellas.
Hazlo así si verla quieres
mas blanda que no las brevas.
Flor. Ay, Ormindo, ese remedio
es muy vulgar, y no creas
que se rinda su altivez,
y que á esa traza se venza.
Orm. Si la juzgas tan altiva,
las propiedades de aquestas
ahora pretendo explicarte:
las que de este pie cojean

son amigas comunmente
de aquellas grandes empresas,
que por arduas se imaginan
imposibles á la idea:
fingete, pues, imposible,
te calzas luego con ella.
Flor. ¿Esto cómo podrá ser?
Orm. Escucha, de esta manera:
Vuelvete á Creta tu patria,
á lo público te niega,
de modo que de tu muerte
corran las noticias ciertas,
y ayudando yo tambien
á urdir las marimorenas,
daré la vuelta á estos montes,
buscaré á Flerida bella,
y entre lágrimas, y mocos
la daré las falsas nuevas:
veré que efecto producen,
y si fuese el que se espera,
con mi aviso volverás;
pues á la costa pequeña
de un desmayo que la dé,
al ver que un muerto la quiera,
habiendo ya consentido,
que por ser tu muerte cierta,
es imposible lograrte
aunque ya vivo te vea,
veras tú como apechuga,
y entre burlas, ó entre veras,
darán todos sus desdenes,
al traves en esta treta.
Flor. Tu consejo he de admitir;
pues para quien desespera,
no hay medio que por estraño
no deba dar á su pena.
Á Creta vamos, Ormindo,
y piadoso el amor quiera
triunfe de tanto desden
esta última experiencia.
Orm. Vamos, Floristo, y no dudes
del logro de esta cautela.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Floristo, y Ormindo.

Orm. ¿Es posible, señor mio,
que quieras ser tan babieca,
y que contra lo tratado,
á estos montes des la vuelta,
adonde, si por desgracia
te vé Flerida, me pierdas
todo el embuste trazado?
Vuelvete, señor, á Creta,
pues aunque de ella te guardes,
como algun zagal te vea,
y la dé el soplo, voló
la pretendida experiencia.
Flor. ¡Ay Ormindo! yo no puedo
apartarme de estas selvas
(por mas que lo solicito:
¿no ves que Flerida bella
vive en su recinto ameno,
y que ella es centro, y esfera
donde habita el corazon,
que es quien la vida sustenta?
Si de su centro le saco,
sabe que el morir es fuerza;
porque yo no ví jamas,
que ninguno permanezca
por mucho tiempo apartado
de lo que naturaleza
por vivienda le señala;
y porque claro lo veas,
dígalo el pez que del agua
surca la líquida esfera,
que si de ella le arrebatan,
la vida pierde en la arena:
las plantas tambien lo digan,

que apartadas de la tierra,
que es su centro, pierden luego
el verdor que las alienta:
¿el ave que corre libre
al viento que la recrea,
si de él la apartan no muere
á impulsos de su tristeza?
¿la Salamandra amorosa
que en los ardores se hospeda,
no fallece luego que
la falta la llama bella?
Y asi no te admire, Ormindo,
que yo sin Flerida muera,
imitando al pez sin agua,
á las plantas sin la tierra,
á las aves sin el viento,
á la Salamandra ciega
sin el fuego; pues si todas
fallecen porque violentas
las apartan del lugar
para que fueron dispuestas,
amor dispuso que yo
sin Flerida no viviera,
con que es forzoso morir,
si me obligas á su ausencia,
y vendrá á ser realidad
el fingimiento que intentas.

Orm. No te fatigues, señor,
en llenarme la cabeza
de argumentos que no entiendo,
y que no tienen mas fuerza
que la que les da el antojo
de los locos, y poetas,
(que aunque son cosas distintas,
vienen á ser una mesma.)
¿Qué tiene que ver que el pez
fuera del agua se muera,
para que no pueda un hombre
pasarse sin una hembra,
que en todo el dia le esté
devanando la cabeza?
¿Qué tiene que ver que el árbol
se seque si no le riegan,
para que un hombre tambien
eche ménos un vieja,
que en lugar de darle vida,
abstrae la vital materia?
¿que el ave muera sin ayre,
en este intento qué prueba?
quando sabemos que sobra
para que un galan se muera
el muchísimo que tiene
qualquier dama en la cabeza:
y que para sustentar
la vanidad que alimenta,
no le bastará la plata
que se trae de la América;
y finalmente, ¿qué importa
que la Salamandra necia
quiera vivir en el fuego
para que tampoco puedas
vivir sin que te chamusques?
¿no ves que todo es friolera,
con que los enamorados
quieren paliar sus tonteras?

Flor. De tu discurso se infiere
que eres simple, quando niegas
de los imperios de amor
la inevitable violencia.

Orm. Señor, en pocas palabras
para escusarnos de arengas,
ó vete de aquestos montes
para principiar mi treta,
ó yo te dexaré solo,
aunque vuelvas á la tema,
de acabe ya de una vez
este acero con mis penas.

Flor. ¿De mi dolor haces burla?

Orm. Yo nunca pretendo hacerla;
pero si curar no quieres

de esta amorosa dolencia
con el medio que te he dado,
que yo te abandone es fuerza
como á loco, que no quiere
sujetarse á la experiencia
de los remedios de amor,
que en las cátedras traviesas
de la picardía, ofrece
la práctica picaresca.

Flor. Ormindo, déxame ya,
que pretendo hacer la prueba
de si un loco cura á otro.
Ya me ausento, tuya queda
la palestra: ayude amor
tu sutil extratagema,
para que el desden de Flerida
con aqueste ardid se venza. *vas.*

Orm. Vete con dos mil demonios,
que ya no tengo paciencia
para escuchar de tu amor
tan sofísticas ternezas.
¿Qué sean tan majaderos
los hombres, que así se mueran
solo porque una muger,
para preciarse de tiesa,
finge no hacer caso de ellos,
y tal vez se estará ella
rabiando por matrimonio?
mal fuego en quien las creyera.
Como los médicos son,
que al soltarles la peseta,
retiran la mano, como
si tomarla no quisieran,
pero volviéndola atras,
vemos la cogen á ciegas;
pero pues marchó mi amo,
primero que otra vez vuelva,
en esta selva florida,
en donde Flerida bella
acostumbra recrearse,
dará principio la treta,
de que crea con mi astucia,
que á la dulce pataleta
de amor murió: veré como
esta noticia le sienta,
y qué efecto hace la purga,
quando mire, quando vea,
que ya aunque quiera amarle,
es imposible la empresa.
¡Pero qué veo, cuidados!
¿no es ella la que se acerca
ácia aquí? ocultarme quiero,
y saldré quando convenga
á plantificar mi embuste
con muchos ayes y quexas. *ret.*

Sale Flerida.

Fler. Sin sosiego noche y dia
vacila mi pensamiento:
no tengo el gusto, el contento
que otras veces poseia:
de cruel melancolía
siento toda el alma llena,
y aunque me sobra la pena
que así me obliga á vivir,
la causa no sé decir,
que así á morir me condena.
Echo menos no sé qué,
que toda el alma me altera,
y en esta confusion fiera,
aunque busco, menos sé.
A acertar no alcanzaré
la causa de este dolor:
¿si acaso nace de amor?
pero no, que ser no puede
que el pecho al amor hospede,
siendo centro del rigor.
Floristo tanto me amó,
que al desden que miró en mí,
casi fallecer le vi.
Fiera cruel me juzgó,

y siempre rebelde yo
me he mostrado á sus desvelos:
¿qué fuera, divinos cielos,
que la ausencia suya fuera
la que en mi pecho moviera
tanto tropel de recelos?
¿Qué habrá sido de Floristo?
si acaso nuevo cuidado
de esta selva le ha ausentado?
(¡mal mis pesares resisto!)
pero Flerida, bien visto,
esto ¿qué puede importarte?
¿no pueden venganza darte
tantos como él despreciados?
¿no te enfadan sus cuidados?
¿por qué de él has de acordarte?
Quando atenta considero
nuestra altiva condicion,
sospecho con gran razon,
que este es el mal de que muero.
De lo natural el fuero
nosotras atropellamos:
si nos quieren, despreciamos;
si nos olvidan, queremos;
y en desiguales extremos,
á quien nos huye buscamos.

Orm. El soliloquio me gusta:
esta es la ocasion mas buena,
que yo podia buscar;
pues si solo con la ausencia
ha madurado la fruta,
presumo con evidencia,
que creyéndole perdido,
ella misma se eche á tierra.
Salgo, pues, del escondite,
y doy principio á mi arenga.
¿Para quándo son los rayos,
Jove, que en los cielos reynas,
si para una infeliz vida
no los franquea tu diestra?
¡Ay de mi!

Fler. ¿Qué esto, Ormindo,
qué ocasion hay, que te mueva
á tan violento dolor?

Orm. La mas infeliz tragedia
que en los anales de amor
las historias representan.
Floristo (noble pastora)
dueño mio, á quien celebra
la Fama entre los varones
de las mas heroycas prendas,
de tu desden á la injuria
(no sé, cielos, cómo pueda,
sin que me mate el dolor,
sin que me ahogue la pena,
referirlo!) muerto yace:
dexa, pues, zagala, dexa,
que de tal desdicha pida
á esas celestes esferas
la venganza: quiera amor
pues la causa fuiste....

Fler. Espera,
detente, Ormindo, (¡ay de mí!)
y dime si hablas de veras.

Orm. Plugiera al cielo, tirana,
que hoy te mintiera mi lengua.
No va muy mal hasta aquí, *ap.*
yo apostaré que se cuelga.

Fler. ¿Qué es esto, divinos cielos?
dentro del pecho se quiebra
el corazon al oir
de Floristo la tragedia.
¿Yo he podido ser la causa
de desgracia tan funesta?
Yo (¡ahogueme el dolor!)
fuí semejante á las fieras,
y un peor, si considero
que ellas halagan atentas
á quien las estima, quando
yo sola mando que muera.

Déxame tú, Ormindo, vete.
Orm. Te obedezco con presteza,
para poder libremente
llorar á solas mis penas.
No es sino para marchar
á dar á mi señor cuenta
del buen efecto que ha hecho
la purga, para que venga.
Fler. Ya que á solas he quedado,
salgan sin que se detengan
unos á otros mis tormentos.
Yo, cruel, bárbara y fiera,
he vivido despreciando
las amorosas finezas
de Floristo, de tal modo,
que hoy mis rigores le cuestan
la vida: miéntras vivia
le desprecié siempre necia,
porque al verle tan rendido,
juzgaba poco discreta,
que siempre estaba en mi mano
la victoria, la grandeza
de triunfar de su alvedrío
con los imperios de bella;
pero viendo que me falta
con su muerte la fineza
con que me vi idolatrada,
todo el corazon se altera,
y el que ántes era desden
la pena en amor le trueca.
Bien te has vengado, Cupido,
haciendo para mas guerra,
que idolatre en un cadaver
la que despreció tus flechas;
pero mayores venganzas
pienso tomar de mí mesma;
y pues de aquí en adelante
es fuerza que me aborrezcan
todos, al mirar que he sido
la causa de esta tragedia,
despeñada de este monte,
será mi tumba su arena.
Salen Floristo y Ormindo.
Flor. Detente, Flerida hermosa.
Orm. Que se precipite dexa.
Fler. ¿Qué es esto? ¡ay de mí infelice!
¿Sombra pálida, qué intentas?
si es que vienes á vengarte
de tus pasadas ofensas,
advierte, mira, repara,
que....
Flor. Espera, mi bien, espera,
recóbrate, imaginando
que ha sido mi muerte incierta
que por vencer tu desden
solamente hice esta prueba;
y pues tan bien ha salido,
no quieras, Flerida bella,
que durando tus desdenes,
venga á ser mi muerte cierta.
Oculto he estado escuchando
que ya piadosa te muestras:
no vuelvas á ser tirana,
pues ves que tanto me cuestas.
Fler. Hoy en mí se ha visto claro
lo mucho que nos violenta
la aprension, pues no pudiendo
vencerme tantas finezas
de que deudora te soy,
no siendo la menor de ellas
librar dos veces mi honor
de quien ultrajarle intenta,
solo la imaginacion
de faltarme quien me quiera
con la fineza que tú,
ha vencido mi entereza
de tal modo, que en albricias
de tu vida, ya te entrega
(la que mas te ha aborrecido)
la mano, alegre y contenta.

Flor. Con el alma la recibo.
Fler. Dulce fin á tanta pena.
Orm. Mira, Señor si ha importado
valerte de mis cautelas.
Flor. Mucho te he debido, Ormindo,
así mi voz lo confiesa.
Orm. Solo con que lo conozcas
sobradamente me premias;
y pues ya los dos ufanos
concluísteis las quimeras
de tan largo galanteo,
y que el empezar es fuerza
á reñir eternamente
en la matrimonial guerra,
á celebrar esta boda
vámonos luego al aldea.
Fler. Vamos, y sea diciendo,
que el amor triunfe y venza.
Flor. Hierro seré que atraido
de la suave violencia
del iman de tu hermosura,
iré siguiendo tus huellas.
Fler. Seré aquella flor amante
de ese luciente planeta,
que seguiré cuidadosa,
y enamorada tus sendas.
Flor. Conmigo ven, dueño mio.
Fler. Harélo alegre y contenta. *vas.*
Orm. La que no queria amar,
mal fuego en quien las creyera:
asi son todas, señores,
cuidado con conocerlas. *vas.*

JORNADA TERCERA.

Fler. ¿Habrá pena que se iguale,
cielos, con la pena mia?
Yo que siempre he despreciado
del amor las tiranias
con que esclaviza las almas,
que á él se entregan rendidas:
yo que siempre he blasonado
de cruel, de fiera, de esquiva,
y he sido firme muralla,
opuesta á la batería
de finezas que á mi pecho
dirigieron las porfias
de muchos, que enamorados,
mis desdenes pretendian:
yo, en fin, aquella que siempre
gozé la libertad mia,
sin rendirla á las cadenas
que el ciego niño fabrica,
y que solo la perdí
porque creí compasiva
que Floristo por mi amor
habia perdido la vida:
hoy me encuentro abandonada,
sin saber en qué consista
que tan presto se cansase
de haberme encontrado fina;
pues apenas hymeneo,
con aclamacion festiva
de mi padre, y los pastores
que en aqueste valle habitan,
(para la envidia de muchos)
manifestó nuestras dichas,
quando desagradecido,
con correspondencia indigna,
Floristo dexa mi casa,
y á Creta otra vez camina,
y por mas pena, me dexa
sin honor y con la vida.
En esto solo han parado
las ternezas esquisitas,
con que solia expresar
lo mucho que me quería.
Ó mal haya, amen, mil veces
qualquier muger que benigna
da crédito á los traidores

amantes, que con mentidas
adoraciones intentan
solamente ver rendida
á la dama á su alvedrío,
y despues con tiranía
burlarse de que creyese
el amor que significan;
que tan solo se dirige
á su conveniencia misma,
pues conseguido su antojo,
luego al punto se retiran.
¡Ó traidor Floristo, aleve!
bien el pecho me decia
no creyese á tus finezas,
que burlase tus porfias.
¿Eres tú quién blasonaba
de nobleza, y sangre limpia?
¿Eres tú aquel que se precia
de caballero? (¡qué ira!)
Bien lo has mostrado, tirano,
empleando tu bizarría
solamente en engañar
una pastora sencilla;
que en fe de su candidez,
no pensaba, ni creia
pudiesen caber en tí
tan viles alevosías.
¿Esto se estila en las cortes?
¿Esto en Creta se practica?
y luego querran decirnos,
que los que en el campo habitan
no saben vivir; aunque
si con reflexîon se mira,
bien dicen, pues no sabemos,
no, vivir con sus malicias.
Sin duda que este traydor
otros amores tendria
en Creta de alguna dama,
y por eso se retira
de mí. Sospecha cruel,
tente, pues me martiriza
mas la presuncion de celos,
que no verme aborrecida.
¿Pero que sirve (¡ay de mi!)
que fatigue discursiva
estos montes con mis quexas,
estos valles con mis iras,
si en procurar la venganza
de este aleve soy omisa?
y pues lo mas he perdido
que es el honor, quiero altiva
aventurar en su busca
lo de menos, que es la vida.
Á Creta pienso marchar
disfrazada, donde altiva,
en recobro de mi honor,
dé escarmiento á la osadía
de un tirano, que ha podido
ocasionar tal ruina:
no se ha de decir que Flerida
se llegó á ver ofendida,
y que no supo vengarse
en quien su ofensa motiva.
Osa seré, que acosada
del cazador que la quita
los pequeños cachorrillos,
vuelve contra él vengativa
los cuchillos de sus garras
hasta que cobra sus crias;
ó en la demanda valiente
pierde con gusto la vida:
Leona seré, que ayrada
contra el que astuto la lidia,
con las uñas, y los dientes
escarmienta su osadía:
Rayo seré desatado
de esa esfera cristalina
contra el capitel soberbio,
que por alto presumia
estar exênto, y seguro

de las celestiales iras.
¿Pero para qué es buscar
semejanzas peregrinas,
si no hay fieras, si no hay rayos,
que á una muger ofendida
puedan compararse, quando
la venganza determina?
Al paso sale Ormindo.
Oam. ¿Á dónde, Florida bella
sobresaltada, y perdida
la color, con ceño ayrado
veloz la planta encaminas?
¿Acabada de casar,
de tu casa te retiras?
¿Siendo novia así madrugas?
Esto me da mala espina.
¿Qué tienes, á donde dexas
á Floristo? ¿ha habido riña?
¿hubo camorra con él
sobre varias baratijas,
que son entre los casados
pan nuestro de cada dia?
¿qué es esto, vuelvo á decir,
dónde, señora, caminas?
Fler. Infame, traidor, villano,
que con ficciones impías
en mi ofensa cooperaste,
para que pagase fina
el falso amor de Floristo,
á mis manos moririas,
á no reparar, que fuera
pequeño objeto á mi ira
el empezar mi venganza
en tu aleve sangre indigna.
Orm. El reparo te agradezco,
pues no quisiera en mi vida
ser noble si me costaba
tanto precio la hidalguía.
Pero quisiera saber,
si es que acaso no te irritas,
¿qué motivos hoy te tienen
tan airada, y ofendida?
¿No acabas de dar la mano,
ufana, y con alegría,
á Floristo, que te adora
con la pasion mas rendida?
¿no ha sido con gusto tuyo?
¿Pues qué ocasion hoy te incita
á tan rara novedad,
de que desprecies con iras
lo que acabas de admitir
alegre, contenta, y fina?
¿Dónde está Floristo? dime:
mira que si arrepentida
acaso de la eleccion
que has hecho, cruel te retiras
de su amor, de su cariño,
procedes poco advertida;
porque Floristo merece,
que le trates compasiva,
por su amor, por su nobleza,
por galan, como acredita
la universal opinion,
que con las damas tenia,
que en aquesto vuestro voto
ha sido siempre quien priva;
y aunque este tambien faltara
sobrar el mio debia;
pues quando siendo criado
le alabo, contra la antigua
costumbre de los que sirven,
de manifiesto se mira
que mi señor es muy bueno,
quando su criado lo grita.
Fler. ¡No sé cómo al escucharte
puedo reprimir mis iras!
pues no contento, villano,
con ocultar la noticia
que de Floristo, y su ausencia
tendrás, osas á mi vista

ponderar sus procederes,
sus hechos, sus bizarrías,
teniendo yo acreditado
que ambos á dos con mentiras
solamente procurais
disfrazar vuestra malicia.

Orm. Ignoro lo que me dices,
y te juro por mi vida
que de Floristo no se,
que yo á buscarle venia,
volviendo de Creta, á donde
él mandó que me dirija
á dar cuenta á sus amigos
de haber logrado la dicha
de que le favorecieses
con tu mano peregrina;
y me dexa tan helado
la novedad que publicas
de que te dexó, y se fué,
que yo no puedo engullirla.
Tengo por cierto, Señora,
que Floristo no se alista
con ciertos caballeritos,
que olvidando su hidalguía,
hacen gala del axar
las flores mas exquisitas,
dexándolas arrojadas
despues de verlas marchitas.
Mi señor no es de esta clase;
y así ten por cosa fixa,
que si se fué tendrá causa
inescusable y precisa,
sin culpa tuya, ni suya,
y sobre aquesto pondria
la cabeza por apuesta,
aunque no vale una guinda;
y asi, Flerida, te ruego,
que hecha cargo; y entendida
de que yo no tengo alguna
culpa de las que me aplicas,
me digas como esto ha sido,
dándome entera noticia.

Fler. ¡Qué así provoques mi enojo,
amontonando mentiras!
Por el gran Jove te juro,
que si no huyes de mi vista,
te vuelva menudos átomos
el corage que me irrita.

Orm. Plegue á Baco que si sé
algo de esta chamusquina,
nunca encuentre con el zumo
que nos tributan sus viñas.
Quiera Apolo que si yo
tuviese parte en tus cuitas,
que faltándome sus luces,
me rompa contra una esquina:
que siempre trate con necios,
que es la cosa mas maldita
que á uno sucederle puede;
y al fin, que sea mi dicha
tan corta, que si sirviese,
sea á un tonto, que es la línea
última de quantas plagas
pueden quitarnos la vida.
Descansa conmigo, Flerida,
en la inteligencia fixa,
que he de estar de parte tuya,
aunque con mi amo riña;
y sabe que no hago nada
en esto, siendo precisa
obligacion de un criado,
que en qualquiera questioncilla
contra su señor se ponga,
uniéndose al que le tira.

Fler. ¿Qué me quieras persuadir,
que no sabes mis desdichas?

Orm. Acábame de creer
que no te trato mentira:
haz la experiencia que quieras,
y si te hallas ofendida

de mi, soy contento
me descosas la barriga.

Fler. Pues en fe de esa palabra,
y que ayudarme te obligas
contra el aleve Floristo,
sabe, (el juicio me quita
la rabia al ir decirlo)
que despues que yo propicia
á su amor, le dí la mano
de esposa, y con ella (qué ira)
la... pero no quieras, no,
que claro mi voz lo diga;
pues hay cosas de tal clase,
que luego estan entendidas
tan solo con insinuarlas,
quanto ni mas con decirlas.
Apenas, pues, que de esposa
le dí la mano, creida
de que era cierto el amor
con que celebró esta dicha,
en cuya fe descuidada,
y fiada en sus caricias,
al blando sueño me rindo;
dexó el lecho, y se retira
con tanto tiento, que yo
no pude oir advertida
sus pasos: disperté luego,
y reparé, (accion indigna)
que de mi lado faltaba:
(el furor me precipita.)
Asustada me levanto,
su busca encargo á la vista,
y no encontrándole, salgo
loca, ciega y ofendida
á esas campañas, á donde
una zagala, á quien fia
mi voz aqueste suceso,
me dixo que el traidor iba
ácia Creta acompañado
de otro que por él venia,
yo mirándome burlada,
quiero cruel, vengativa
marchar á Creta tras él,
adonde, si se confirman
mis celos y mis enojos,
pague el traidor con la vida;
y pues tú quieres seguirme
ácia la ciudad camina.

Orm. Espantado me has dexado
con tan extraña noticia;
y aunque tan grave maldad
yo la dude todavía,
contigo me voy contento,
pues siendo tú quien me guia
aunque me pierda, será
envidiada mi desdicha. *vans.*

Sale Floristo.

Flor. Si se pudieran hacer
las cosas dos veces, creo,
sin mucha dificultad,
fueran muy pocos los yerros.
Apenas logré dichoso,
que Flerida, hermoso objeto
de amor, con su blanca mano
diese colmo á mis deseos,
dicha tanta que á Cupido
pudiera causar desvelo,
quando para perturbarla
dispuso mi hado siniestro,
que llegase esta noticia
á Creta, donde mis deudos
ofendidos de que hubiese
dispuesto mi casamiento
con una humilde pastora,
como si fuera defecto
la humildad de la nobleza,
al senado cuenta dieron
de que sin permiso suyo
rendí mi cuello á himeneo;
y siendo aquesto en los nobles

delito á la ley opuesto,
en que á los tales se manda,
que sin dar cuenta al gobierno,
nadie de tomar esposa
tenga el leve atrevimiento:
por castigar mi delito,
dispuso el Príncipe nuestro,
que como preso de estado
me presentase al momento.
Llegó con esta noticia
á la casa de mi dueño
un fiel amigo, que quiso
participármela presto,
porque con pronta obediencia,
cumpliendo el duro precepto,
desarmase el justo enojo
en que yo le habia puesto;
porque el rendirse sumiso,
siempre ha sido el mejor medio
para desarmar las iras,
que abrigan los reales pechos.
Por no asustar á mi bien,
ésta quexa dí al silencio,
y saliendo recatado
del aseado aposento,
que por ocuparle Flerida,
pudiera llamarse cielo,
sin ser sentido, partí
á Creta, llegué ligero;
¿pero qué mucho que fuese
con presteza, quando dexo
en Flerida el corazon,
que sin ella aníma lento?
Al Príncipe le fuí á ver
con humildes rendimientos,
esperando se apiadase
de aqueste amoroso exceso;
pero fué tal mi desgracia,
y le encontré tan severo,
que en la torre de Palacio
ordenó quedase preso,
impidiéndome el volver
á la aldea, en donde dexo
á mi Flerida querida,
que habiéndome echado menos
y no habiéndola avisado
de aquesta ausencia, creyendo,
que yo podria volver
ántes que llegue á saberlo,
creerá sin duda, que yo,
cauteloso, la desprecio,
atribuyendo á vil fuga
este casual suceso;
pues aunque logré despues,
á fuerza de muchos ruegos,
la libertad deseada,
y con ella á buscar vuelvo
al dueño de mis potencias,
ya no discurro remedio
para quitarla el pesar,
que habrá causado á su pecho
este acaso, y así procuro
volverme con brevedad. ¿Pero
no es Ormindo aquel que miro?
¿si traerá algo de nuevo?

Sale Ormindo.

Orm. Con Flerida, que ha venido
á esta Corte hecha un veneno,
buscando á Floristo, á causa
de que pague por entero
un no sé qué, que ella dice
le ha quitado, y yo no entiendo,
tambien he venido yo;
y aunque andamos y volvemos
las calles, y callejuelas
en busca de este mancebo,
encontrarle no podemos.
¿Si será bueno, señores,
encargarlo al Pregonero? (das?

Flor. Ormíndo, hombre, en que an-

Orm. Gracias á Dios que te veo.
Flor. Pues qué me andabas buscando?
Orm. Sí te busco, aunque es yerro
el andar en busca tuya,
y mas teniendo por cierto,
que en lugar de tres vecinos
no te pierdas; y mas siendo
los vecinos como Flerida,
que en este caso, yo creo,
que despues que los ganáras,
los perdidos fueran ellos.
Flor. Hombre, disparates dexa:
¿dime al instante, al momento,
si viste á Flerida hermosa,
dueño de mis pensamientos?
Orm. Sí, Floristo, ya la ví,
y tengo por caso cierto,
por lo que has hecho con ella,
que quieres, en vez de dueño,
hacerla dueña: no es malo
el dimulo: yo pienso,
señor, que de mí te burlas
tambien; ¿en qué duro pecho
cabe, despues de buscar
por montes, valles, y cerros
á aquesa Zagala bella,
y con fiestas, y requiebros
hacerla dar en el lazo
usado del casamiento,
y despues abandonarla
en estado bien diverso
del que la pobre tenia,
venirte á Creta sereno,
sin que la digas siquiera,
espérame, que ya vuelvo,
preguntarme á mí por ella?
¿no te parece, que es bueno?
Flor. Atrevido, mal nacido,
bárbaro, villano y necio,
que presumes, que en mí puede
caber un hecho tan feo,
vive el Cielo, que á no ver,
que fuera manchar mi acero,
te matára, para dar
castigo á tu atrevimiento.
Orm. Señor, sin razon te enojas,
pues quanto yo te refiero
á mi Flerida me dixo:
en su compañía vengo
para decirte, que ayrada
te busca, con el intento
de matarte, porque dice,
que como ladron casero
robaste no sé qué joya,
y despues te fuiste huyendo.
Flor. No sospechaba yo en vano:
llévame bolando, presto,
donde la dexas, Ormindo,
para poder con mis ruegos
satisfacer los enojos,
que han motivado mis yerros,
pues hasta verla aplacada
no tendré el menor sosiego.
Orm. No te canses en su busca,
pues ya desde aquí la veo,
que habiéndote visto, viene
empuñando el duro acero.
Flor. Al encuentro la salgamos.
Orm. Sí, señor, pero con tiento,
no sea que á las primeras
nos desparrame los sesos.

Sale Flerida de hombre, con espada.

Fler. Villano, vil, fementido,
aleve, y mal caballero,
que con el nombre de esposo
lograste mi vituperio,
para dexarme despues
hecha la risa del pueblo,
ya que piadosos los Dioses
á mis manos te traxeron,

viven ellos, que á mis iras
morirás: saca el acero,
que sea muger no mires,
defiéndete de mi esfuerzo,
ó por los Cielos te juto,
si es que no quieres hacerlo
por esta causa, que yo
he de atravesarte el pecho.

Flor. Flerida hermosa, mi bien,
ídolo que reverencio
con el alma y con la vida,
óyeme por Dios primero,
y si hallas en mí mas culpa,
que el pequeño desacierto
de haberme á Creta venido
sin avisarte, creyendo
poder volver á tus brazos
ántes que me echaras ménos,
dame mil muerte, señora,
pase tu acero mi pecho,
que no lo sentiré tanto
como ver tu enojo fiero.

Fler. Aunque presumo, que astuto
quieres con engaño nuevo
hacer segunda traicion,
que me refieras espero
el motivo que has tenido
para irte de mí huyendo;
pero mira que procures
esforzar el fingimiento,
porque á no satisfacerme,
á tu vida no hay remedio.
Prosigue.

Flor. Flerida, atiende:
No ignoras, hermoso dueño,
que los que nobles nacimos,
la precisa ley tenemos
para no tomar estado,
sin que preceda primero
del Príncipe, que nos manda,
el justo consentimiento.
Yo, que abrasado amante
de esos hermosos luceros,
por años llegué á contar
los instantes que te pierdo,
esta ley atropellé,
uniendo en dulce hymeneo
mi pecho al tuyo: llegó
á Creta aqueste suceso,
lo supo el Príncipe, ayrado
mandó me traxeran preso:
un amigo me llevó
esta noticia, y sintiendo
darte tan grande pesar,
corro veloz, y me ausento,
con la esperanza de que
al Príncipe obedeciendo
prontamente, sus enojos
cesarian, (esto es cierto)
y que podria volver
sin darte este sentimiento.
No fué así, me detuvo
cerrado en la torre, y preso;
y aunque vencido despues
de mis lágrimas y ruegos,
me concedió libertad,
hecho una vez el yerro,
que ha motivado tu pena,
creo, que el mejor remedio
es, que veas, que rendido
á tus pies, lo manifiesto.

Orm. ¿No lo dixe yo, señora,
que algo seria ello?

Fler. No sé, Floristo, si crea
eso que dices, y temo,
que por huir de mi enojo
lo finges: será mas cierto
(no lo dudes, no, Floristo,)
lo que yo acá comprendo,
que alguna dama de Creta

habrá sido quien te ha preso,
y al Príncipe echas la culpa:
mira si el enredo entiendo.
Flor. Si en lo que te he referido
hay el dolo mas pequeño,
Júpiter quiera, que un rayo
dé á mi vida fin funesto:
quiera el Cielo...
Fler. Calla, tente,
que yo escucharte no quiero
plegarias contra tu vida,
siquiera porque deseo
averiguar la verdad.
Orm. Un almivar se va haciendo.
Flor. ¿Estás ya desenojada?
Fler. Si no lo estoy, estarélo.
Flor. No lo creeré, si tus brazos
no me lo acreditan tiernos.
Fler. Solo á dártelos me mueve
el haber estado preso
por mi causa, y para que
no digas, que esto te debo.
Flor. En ellos, Flerida bella,
de nuevo prendes mi pecho.
Orm. ¿Ven ustes en qué ha parado
tantas bravatas, y fieros?
y pues en la otra jornada
os casasteis, ya no encuentro,
que falte mas que volver
á nuestras casas, pidiendo
primero á quien nos escucha
el perdon de nuestros yerros.
Todos. Todos lo haremos alegres,
rogando, que con los nuestros
perdonen los del poeta,
que os ofrece este suceso.

